



La mañana en que empezó el gran incendio, nadie en la casa pudo apagarlo. Fue la sobrina de mamá, Marianne, que vivía con nosotros mientras sus padres viajaban por Europa, quien estaba envuelta en llamas. Así que nadie pudo romper la ventanita de la caja roja y apretar el botón que traería las mangueras de grandes chorros y los bomberos sombrero de paja. Marianne bajó las escaleras ardiendo como celofán, y se dejó caer con un grito o un gemido en una silla, ante la mesa del desayuno, y no comió ni siquiera para rellenar la cavidad de una muela.

Mamá y papá se apartaron. Había demasiado calor en la sala.

—Buenos días, Marianne.

—¿Qué? —Marianne miraba a lo lejos y hablaba vagamente—. Oh, buenos días.

—¿Dormiste bien anoche, Marianne?

Pero sabían que ella no había dormido. Mamá le dio a Marianne un vaso de agua y todos se preguntaron si no se le evaporaría en la mano. La abuela observó los ojos febriles de Marianne.

—Estás enferma, pero no se trata de un microbio —dijo—. Ningún microscopio ha podido descubrirlo.

—¿Qué? —dijo Marianne.

—El amor es padrino de la estupidez —dijo papá desinteresadamente.

—Ya se le pasará —le dijo mamá a papá—. Cuando las muchachas están enamoradas parecen estúpidas sólo porque no pueden oír.

—Afecta los canales semicirculares —agregó papá—, haciendo caer a las muchachas en brazos de un hombre.

—Él viene esta mañana a buscarla —le susurró mamá a papá, como si Marianne ni siquiera estuviera en el cuarto—. Van a dar un paseo en su coche.

Papá se tocó la boca con una servilleta.

—¿Nuestra hija era así? —preguntó—. Se casó hace tanto tiempo que me he olvidado. No recuerdo que fuera tan alocada. Uno nunca entiende que las muchachas no tienen una pizca de buen sentido en esta época.

—Marianne, hablemos de ese joven. ¿Cómo se llama? ¿Isak Van Pelt?

—¿Qué? Oh... Isak, sí.

Marianne había estado agitando en su cama toda la noche, a veces hojeando rápidamente libros de poesía y descubriendo versos increíbles, a veces descansando de espaldas, otras boca abajo contemplando un paisaje de sueño a la luz de la luna.

Aquella mañana había bajado a desayunar advirtiéndolo justo a tiempo que no se había puesto el vestido. Abuela se reía quedamente todo el desayuno. Al fin dijo: —Tienes que comer, hija, tienes que comer.

Así que Marianne jugó con su tostada y logró tragar medio pedazo. Justo entonces se oyó afuera una aguda bocina.

—¡Isak! ¡Es su coche! ¡Juuu! —gritó Marianne, y corrió escaleras arriba.

Se hizo pasar al joven Isak Van Pelt y fue presentado a todos.

Cuando Marianne se fue al fin, papá se sentó, enjugándose la frente. —No sé. Esto es demasiado.

—Fuiste tú quien sugirió que debería empezar a salir —dijo mamá.

—Lamento haberlo sugerido —dijo él—. Pero ya lleva con nosotros seis meses y aún le faltan otros seis. Pensé que si conocía a algún joven simpático...





EL GRAN INCENDIO

● Ray Bradbury





—Y si se casaban —dijo la abuela secamente—, Marianne se mudaría casi en seguida, ¿no es así?

—Bueno... —dijo papá.

—Bueno... —dijo la abuela.

—Pero ahora es peor que antes —dijo papá—. Va de un lado a otro cantando con los ojos cerrados, poniendo esos infernales discos de amor, y hablándose a sí misma.

A la mañana siguiente, Marianne salió de la casa como una bola de fuego tan pronto como oyó la bocina. El joven no tuvo tiempo ni siquiera de llegar a la puerta. Sólo la abuela vio cómo se alejaban rugiendo, desde la ventana del vestíbulo.

A la tarde, Marianne, otra vez en casa, flotó por la sala hasta los discos del fonógrafo. El siseo de la aguja llenó la casa. Marianne tocó *Aquella vieja magia* negra veintidós veces, cantando —la, la, la— mientras andaba por la sala.

—Me parece que tendré que encerrarme en mi cuarto —dijo papá—. Me retiré de los negocios para fumar cigarros y gozar de la vida, no para aguantar a una parienta que canta bajo la lámpara. ¡Hablaré con ella ahora mismo!

Fue hasta la puerta del vestíbulo y se quedó allí mirando a la valseante Marianne.

—Marianne —dijo papá.

—Aquella vieja magia *negra*... —cantó Marianne—. ¿Sí?

Papá se arregló la corbata.

—Quiero hablar contigo.

—Da dum di dum dum di dum di dum dum... cantó ella.

—¿Me oyes? —preguntó él.

—Es tan simpático... —dijo ella—. ¿Sabes?, se inclina y abre las puertas como un portero y toca la trompeta como Harry James y me trajo margaritas esta mañana.

—No lo dudo.

—Tiene los ojos azules.

Marianne soñó por el cuarto con las alas abiertas.

—¿Me has oído? —preguntó papá.

—Sí —murmuró ella—. Oh sí, sí.

—¿Ayudarás a tu tía con los manteles? —exclamó papá.

—Con los manteles... —murmuró Marianne.

Pero a la mañana siguiente estaba aún sentado en el borde de la cama cuando oyó el trueno del destartalado automóvil y a Marianne que se precipitaba escaleras abajo, y cerraba de un portazo la puerta de la calle.

Aquella noche y siete otras endiabladas noches la hamaca del porche cantó una chirriante canción, hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. Papá, oculto en el vestíbulo, aparecía en un terrible relieve cada vez que chupaba su cigarro de diez centavos y la luz cereza le iluminaba la cara inmensamente trágica. La hamaca del porche crujió.

—Mi porche —dijo papá—. Mi hamaca —le susurró a su cigarro, mirándolo—. —Mi casa. —Esperó otro crujido—. Mi Dios —dijo.

Fue al armario de las herramientas y apareció en el porche oscuro con una brillante lata de aceite.

—No, no se levanten. No se molesten. Aquí... aquí.

Aceitó los goznes de la hamaca. La noche era oscura. No podía ver a Marianne; podía olerla. El perfume casi lo hizo caer entre los rosales. No podía ver tampoco a su joven amigo. Entró y se sentó y no se oyeron más crujidos.

—Debe de ser muy simpático —dijo mamá en la puerta de la cocina, secando una fuente de la cena.





—Eso espero —murmuró papá—. ¡Por eso les dejo el porche todas las noches!
—Tantos días seguidos... —dijo mamá—. Una muchacha no sale con un festejante tantas veces si no es un joven serio.

—¡Quizá le proponga matrimonio esta noche! —fue el feliz pensamiento de papá.

—Difícil tan pronto. Y ella es tan joven...

Abuela se rió entre dientes desde su mecedora en el rincón. Parecía como si alguien volviera las páginas de un viejo libro.

—¿Qué es tan divertido? —dijo papá.

—Espera y verás —dijo la abuela—. Mañana.

Papá miró fijamente las sombras, pero la abuela no dijo más.

—Sería hermoso —dijo mamá—. Una boda en primavera. Pero es tan pronto...

—Mira —dijo papá con una lógica de boca llena—, Marianne es una de esas chicas que se casan rápido y jóvenes. No podemos interponernos en su camino, ¿no es así?

Los dos miraron ansiosamente las escaleras, esperando que apareciese Marianne.

—Perdón —roncó la abuela alzando los ojos de su tostada—, pero si yo fuera vosotros no hablaría de librarnos de Marianne.

—¿Y por qué no?

—Hay razones.

—¿Qué razones?

—Lamento estropear los planes —crujió la abuela, con una risita. Sacudió la cabecita avinagrada—. Pero mientras vosotros planeabais casar a Marianne. Yo estuve observándola. Desde hace siete días he estado mirando a ese joven que viene todos los días en su coche y hace sonar la bocina. Debe ser un actor o un transformista o algo parecido.

—¿Qué? —preguntó papá.

—Sí —dijo la abuela—. Pues un día era un joven rubio, y el siguiente un joven alto y moreno, y el miércoles un muchacho de bigote castaño, y el jueves era pelirrojo, y el viernes, más bajo, con un Chevrolet en vez de un Ford.

Durante un minuto pareció como si a mamá y papá les hubiesen dado un martillazo justo detrás de la oreja izquierda.

Al fin papá gritó, con el rostro encendido:

—¡Y te atreves a decirlo! Y tú ahí, mujer, dices: todos esos hombres, y tú...

—Vosotros os escondíais siempre —soltó la abuela—, para no estropear las cosas. Si hubierais salido de vuestro escondite habríais visto lo mismo que yo. Nunca dije una palabra. Toda mujer pasa por eso. Es duro, pero pueden sobrevivir. ¡Un hombre nuevo todos los días hace maravillas en el ego de una muchacha!

—Tú, tú, tú, tú, ¡tú!

Papá se atragantó, con los ojos muy abiertos, el cuello demasiado grande para su camisa. Cayó de su silla, exhausto. Mamá no se movía, perpleja.

—¡Buenos días a todos! —Marianne corrió escaleras abajo y se desplomó en una silla. Papá la miró fijamente.

—Tú, tú, tú, tú, tú —acusó a la abuela.

«Correré por la calle gritando —pensó papá desatinadamente— y romperé la ventanita de alarma de incendios y moveré la palanca y haré venir las bombas y las mangueras. O quizá se desencadene una tormenta de nieve tardía y pueda dejar a Marianne afuera para que se enfrie.»

No hizo ni una cosa ni otra. Como el calor del cuarto era excesivo, de acuerdo con el calendario de la pared, todos salieron al porche fresco mientras Marianne se quedaba mirando su jugo de naranja.

Ray Bradbury, "El gran incendio" (adaptación), en *Fábulas fantásticas*, Madrid: Unidad Editorial, 1998. pp. 77-85.







¿De
qué se
trata?



1. Completen el siguiente diagrama de acuerdo con la estructura y elementos del cuento anterior. Escriban brevemente, en cada recuadro, la pregunta planteada.



¿Cuál es el **título** del cuento?

El gran incendio

¿Quién es el **autor** y de qué nacionalidad es?

Narrador: ¿Qué tipo de narrador cuenta la historia: testigo, protagonista, omnisciente?

Asunto del relato: ¿Cuál es el planteamiento, desarrollo, clímax y desenlace?

Ambiente físico: ¿En qué lugares se desarrolla la acción?

El gran incendio

Personajes: ¿Quién es el personaje principal y quién el secundario?

Tiempo: ¿En qué tiempo se desarrollan las acciones: una o varias horas, días...?



2. Comparen las respuestas dadas con las de otros compañeros. Hagan las modificaciones pertinentes.



Contesta las siguientes preguntas:



- ¿Por qué el relato se llama “El gran incendio”? ¿A qué se refiere?

.....

.....

.....

.....

- ¿De qué tipo es la historia: fantasía, misterio, amor, policiaca..., o algún otro? ¿Por qué lo consideras así?

.....

.....

.....

.....

- ¿Cómo te imaginas a Marianne? Descríbela.

.....

.....

.....

.....

- El final de la historia no es realmente el desenlace. ¿Cómo crees que terminará la estancia de Marianne en casa de sus tíos?

.....

.....

.....

.....

- ¿Conoces una historia similar a la de Marianne? De ser así, cuéntala.

.....

.....

.....

.....



**Jueguen, dibujen, escriban,
hablen, escuchen...**



DIÁLOGO DE PERSONAJES

Esta dinámica llévenla a cabo, primero, en forma oral y frente a todo el grupo, y, posteriormente hagan un trabajo escrito individual.

Los dos personajes que dialogarán son Marianne, la protagonista de “El gran incendio” y Cecy de “La bruja de abril”. Para ello,

1. En lluvia de ideas comenten sobre la personalidad de ambos personajes:

a) ¿Cómo los imaginan física y psicológicamente?

b) ¿Por qué vivieron sus historias en la forma que lo hicieron?

c) ¿Qué piensan ustedes de la manera como el autor las hizo actuar?

2. Escriban el diálogo entre estos dos personajes.

3. Compartan su creatividad con otros equipos.
